

B R U M A

El telegrama fue como el rayo entre las nubes, enceguecedor, deslumbrante, definitivo. “Llego a Le Havre el ocho, espérame en el Hotel Terminus”.

Sus manos finas tiemblan descontroladas y bajo el encaje se perciben los latidos del corazón. Él vuelve, y la llama, imperativo al cabo de tres años. Tibias lágrimas incontenibles se agolpan y ruedan por sus mejillas ardientes.

Mañana... mañana. ¿Cómo ir, qué pretexto dar?

La casa entera se pobló de voces, se derrumbó de golpe la muralla pacientemente edificada, dando paso al tumulto de los sentimientos. En un segundo se desencadenó su amor tan profundamente sepultado en lo más recóndito de su ser. Se apoderó de ella la misma exaltación aguda y desafiante. Ni un momento vaciló. Iría.

Cada chirrido del tren canta gloria. Tiene que replegarse en sí misma, para que no trasluzca demasiado evidente su felicidad. Si cantara, su voz sería más fuerte que los elementos. Si corriera, sería más veloz que el tren. ¡Qué grises y tristes le parecen los demás pasajeros, junto a su ardiente dicha incontenible! Esa pobre mujer abatida y cansada; frente a ella, instintivamente vela el brillo de sus ojos. Tiene que dominarse para no consolarla.

En su mano lleva el telegrama que en un instante trastornó su vida; lo lee y relee incansablemente.

Ninguna amarra podría haberla detenido. Él la llama después de tres años de silencio. Cuántas veces renegó de él, y cuántas veces lo bendijo. Se aferró a su recuerdo, y la tortura de su ausencia fue tan honda, como la marca indeleble de su presencia.

Lo va a volver a ver; un escalofrío la recorre entera, oye su voz, siente su calor, ve sus ojos.

Quizás la esperará en el andén, confundido entre los demás pasajeros. Desde lejos distinguirá su alta silueta, y luego se besarán en la boca como dos chiquillos inconscientes.

Tres años... ¿habrá cambiado? ¿se habrá plateado su pelo de azabache y sus manos sensibles estarán encallecidas con el duro trabajo de guerrear? ¿qué trágicas experiencias habrá padecido? Una angustia punzante la turba repentinamente. ¿Estará herido? ¡qué horror! Su cuerpo maltratado, desangrándose. No puede ser; su buena estrella tiene que haberlo salvado. Está intacto, como antes, para ella.

¿Llevará uniforme o esa amplia chaqueta café oscura olorosa a tabaco?

Y ella misma ¿estará distinta después de tres largos años de penosa rutina?

Corre por el pasillo a mirarse al espejo. No sabe juzgar, está demasiado familiarizada consigo misma. Sus ojos profundos, como él decía, besándose los largamente, “extrañamente sombreados y luminosos”. Su boca de labios gruesos y lisos siempre pintada a la diablo. Se encuentra algo pálida, con una expresión más grave, casi dura. Es una mujer ahora a pesar del aire infantil que le da su corto pelo cobrizo.

¿Y este sombrero le gustará? Se sonreirá seguramente ante la pluma impertinente...

La voz gangosa del inspector anuncia —“Le Havre”— y el tren empieza a disminuir su marcha a la entrada de la estación pobremente iluminada.

Los pasajeros se agitan y se atropellan tratando de ser los primeros. Por las ventanillas, llaman a los escasos cargadores entregándoles sus bultos. Todos están de prisa menos Genova. Una súbita timidez la retiene en el compartimento, con su maletín en la mano. Involuntariamente vacila, se detiene, arregla por centésima vez sus cabellos y gracioso sombrero. Por

fin, se decide y baja embargada en extraña emoción. Una mezcla de impaciencia y temor la hace acortar los pasos o correr por el oscuro andén.

Cree ver a Serge varias veces, pero no; no es él. Debe de estar allá al fondo, entre ese grupo que espera. A lo mejor la está viendo y no lo han dejado pasar; sus piernas flaquean... No lo encuentra. Quizás lo habrán retenido y vendrá de un momento a otro.

Se sienta en un rincón de la sala de espera. Cada ruido de puerta, cada paso la estremece. Pasan cinco eternos minutos.

Afuera llueve torrencialmente. Él indicó el hotel al otro lado de la estación, atravesando la placita. Desde aquí, divisa el letrero luminoso “Hotel Terminus”, uno de los pocos edificios que ha quedado en pie después del horrible bombardeo. Allí está, con su pesada fachada gris, moderna y antiestética. La lluvia hace resaltar su fealdad.

Pasan otros cinco minutos. La sala queda desierta, hasta el viejecito que runruneaba en un rincón, se ha ido, arrastrando los pies. Bruscamente Genova se decide, y atraviesa la calle corriendo bajo la lluvia.

Con desesperante lentitud pregunta el empleado.

—¿Pieza con baño simple o doble?

—Doble por favor —contesta Genova con voz temblorosa.

La mucama de horribles piernas torcidas, la precede por la escalera alfombrada. Pieza veintitrés. Abre las cortinas, coloca el maletín, estira la colcha floreada de la gran cama ancha. Y allí se queda, mirándola con aspecto de humilde quiltro sumiso. Genova le tiende un billete y desaparece balbuceando agradecimientos.

Y queda sola en el gran cuarto claro. Cierra la puerta con llave y acomoda con alborozo el contenido del maletín. Sobre el tocador, el frasco de perfume preferido de Serge, la tenue camisa pálida, un libro en el velador, y la pieza vacía se ha llenado de vida.

Son las ocho y media. Afuera todo brilla chorreando agua y las escasas ampolletas se reflejan en el pavimento, multiplicándose. A lo lejos, se oyen las roncadas chimeneas de los barcos, y el ruido sordo del mar. A pesar de la lluvia hay movimiento en la calle. Marineros ebrios, con caras de niños enfermos, descaradamente explotados por sabias francesitas. Oficiales con sus mujeres del brazo. Típicos lobos de mar, obreros, negros africanos estrechamente enlazados con muchachas rubias.

Cada auto que se detiene frente al hotel hace correr a Genova hacia la ventana ¿Será él? Todavía no.

Trata de leer pero es imposible. Está demasiado feliz, demasiado impaciente. Ya no puede tardar, en cualquier momento estará aquí en sus brazos.

Toda la noche va a ser corta. Tienen tanto, tanto que decirse.

La pieza se ha ido poblando. Recuerda Genova nítidamente la primera vez que ella lo vio. Él estaba escribiendo en el escritorio del barco, de espaldas junto a la ventana. Contra la luz se destacaban sus hombros, su cuello recto y fornido, su cabeza erguida de cabellos oscuros. Ella lo eligió inmediatamente. Luego su mirar insistente, reflejado en el espejo del comedor, por sobre el moño de la solemne señora suiza. Los brindis, invisibles para los demás pasajeros. Y siempre los ojos de él fijos en los de ella.

Su voz. Esa noche en la oscuridad de la cubierta del barco apagado y en peligro. Su voz cálida, profunda, tranquila, habló de la vida, del amor y de la muerte, y a Genova se le humedecieron los ojos silenciosamente.

Y en el monótono día a bordo, conscientes todos del acecho, disimulando la tensión nerviosa: su avasalladora vitalidad. Ganó fácilmente todos los juegos, se conquistó a los niños y a los viejos, fue una especie de jefe al que acudían instintivamente. Infundía seguridad y confianza. Nunca habló de sí mismo, aunque recibió detalladas confidencias de cada uno.

La noche anterior a la llegada, en lo más profundo del barco se organizó un baile ¡triste baile de guerra! a media luz, con unos viejos discos gastados y la eterna opresión del enemigo visible. La presencia de Serge cambió el ambiente. Bailaba maravillosamente, y su entusiasmo fue comunicativo. Genova siente todavía una punzada de celos, recordándolo abrazado con la rubia estonia fuertemente perfumada.

Al amanecer, ya casi en la meta, cuando todos dormían profundamente, la temida alarma lúgubre en el silencio de la noche. Carreras, gritos ahogados. ¡Un submarino a la vista! Se oían voces de mando:

—Ponerse los salvavidas, cada cual a su puesto.

Entonces llegó Serge a su camarote y la tomó en sus brazos como a un niño.

—No te asustes —dijo autoritario y tranquilo. Y recuerda Genova como ella se aferró a su cuello y besó sus labios ásperos. ¿Cuánto duró ese beso y ese abrazo entre el cielo y el mar? ¿Qué fuerza decisiva tuvo en sus destinos ese momento de angustiosa espera, enlazados sus cuerpos trémulos de vida, ante la trágica amenaza de la muerte?

Pasó el peligro y horas más tarde llegaron al puerto. Entre los montones de ruinas y escombros se destacaba un reluciente autobús que llevaría a los pasajeros que iban a París. Se habían despedido, acodados en la pasarela y Genova ocupó su asiento sin preocuparse siquiera de disimular sus lágrimas.

¿Lo volvería a ver?, ¿cuándo? Él no podía precisar nada, tenía que ser discreto.

En ese momento, apareció Serge tapando la puerta con su silueta maciza. Se dirigió hacia ella.

Genova, te quedas —y le agregó en el oído— conmigo.

Bajó su equipaje y ella lo siguió dócilmente sin preguntar nada. Él la tomó firmemente del brazo.

—Yo también voy a París y te llevo —le señaló un pequeño auto oscuro de dos asientos.

Una estridente bocina saca a Genova de sus pensamientos. Mira el reloj, las nueve y media, ¿qué pasará? ¿por qué no llega aún? ¿qué hacer?

Ya no puede seguir sola, está impaciente, nerviosa, se pasea por el cuarto extraño. Mira por la ventana; sigue lloviendo y el movimiento de la calle no cesa, llegan y parten autos. Genova ya no los observa. Tiene que matar el tiempo, tranquilizarse. Decide bajar a comer algo.

Al pasar ante el escritorio de la recepción recomienda al conserje:

—Si preguntan por mí estoy en el comedor.

Pide la lista completa pero no prueba nada, tiene un nudo en la garganta.

Varias veces se para e interroga nuevamente:

—¿Nadie me ha llamado?

Su vecino de mesa le ofrece cigarrillos que acepta distraídamente. Le habla, ella contesta monosílabos. Apresura la cuenta. Antes de subir, insiste otra vez ante el conserje, que le contesta negativamente con visible impaciencia.

Son las diez y media. ¿Habrá equivocado las fechas? Relee el telegrama. Es hoy a las ocho. Pide que la comuniquen con la Gobernación Marítima.

—¿Información sobre llegada de barcos? Imposible señorita.

Genova siente un profundo cansancio. Se desviste lentamente y con ademanes de niña friolenta, se arrebujá en la gran cama vacía. Se siente terriblemente sola y desamparada, en este cuarto de hotel, perdido en el gran puerto brumoso. Reza fervorosamente para que él llegue luego, inmediatamente. Le es difícil despegar los ojos de la manilla de la puerta. Cree verla girar... Pero no, está inmóvil. Una impaciencia febril le seca la garganta y le hace temblar las manos, siente una ansiedad dolorosa que se desgrana en hondos sollozos que en algo mitigan su angustia creciente. Y sueña sumergida en sus recuerdos.

Toda una vida en esos pocos días ¿cuántos? No sabría precisar.

Vagaron por los caminos de Francia, anclados el uno en el otro, ajenos a todo. Cristalizaron su dicha, con profunda intensidad, sintiendo siempre el límite del tiempo y la incertidumbre del futuro.

Cada día lleno de encanto. Largas caminatas por el campo suave y tranquilo. Picnics preparados en cestas olorosas por sencillos campesinos, eternos simpatizantes de los enamorados. Siestas tibias, confundidos los cuerpos, protegidos del ardiente sol por algún sauce enmarañado. Pescas siempre infructuosas, en las cuales Serge paciente espera, mordisqueando su pipa.

Puestas de sol sobre la colina coronada de ruinas medievales, dominando el caserío de la aldea, agrupada alrededor de la iglesia centenaria. Y el río, lento y tranquilo llevando suavemente las sombrías barcazas perezosas. Lo recuerda emergiendo del mar tibio como una estatua pagana, plateado por la luna.

Lo ve de pie en la iglesia, con la luz de los vitrales reflejada en su fisonomía absorta y grave.

Revive Genova el día de la pana en el camino polvoriento. Después de infructuosos manipuleos hubo que decidirse a ir a buscar auxilio al pueblecito más próximo. Serge se alejó, con su andar seguro, tan vigoroso y erguido como los árboles de la orilla del camino. Genova tuvo que dominarse para no correr tras él como una colegiala asustadiza. El desasosiego durante los minutos que duró su ausencia, y la felicidad absurda cuando reapareció sudoroso, con la camisa muy abierta, acompañado del mecánico.

Una tarde Genova se torció un pie al tratar de superarlo, corriendo en la playa de arena dorada.

—¿Qué voy hacer ahora, mi bailarina de espuma, sin la magia de tus danzas? —decía Serge llevándola tiernamente en sus brazos.

Y luego las largas noches, una tras otra, cargadas de intimidad y misteriosas confidencias.

Y siempre su presencia de hombre, su recia personalidad.

Pero Genova está sola, transida de frío. Bruscamente se incorpora angustiada. Una luz indecisa aclara la ventana. Está amaneciendo. Hacia el mar, entre los oscuros nubarrones, se abre paso una tenue claridad. Y el puerto adormecido se despereza lentamente.

A veces en París, regresaban a esta hora, de alegres correrías nocturnas. Venían cansados y dichosos, con los ojos brillantes y los sentidos agudizados. Caminaban al azar, estrechamente abrazados besándose largamente. El Sena, la Cité, Montmartre, cada rincón maravilloso inspiraba a Serge, que declamaba poesías, posesionado. Más de una vez, un gendarme gruñón, lo miró desconfiado, creyéndolo un loco o un agitador político.

No tenían prisa, vagaban, presintiendo la ardiente dicha que los consumiría como una llama en la intimidad del hotelito de la Rive gauche.

Observaban el despertar de París, que los conmovía hondamente. Decía Serge:

“Mi pobre viejo París no se adormece nunca, no lo dejamos... este momento, es sólo una transición, un cambio de personajes, pero mi viejo París cansado no duerme, apenas si le permitimos soñar”.

Genova no quiere ver la luz del alba que delinea ya los contornos de los edificios y los muebles del cuarto. Baja la persiana y nuevamente queda en sombras. Un ligero sopor invade su cuerpo sobresaltado. Por fin concilia el sueño. Parece un niño atribulado, con sus cabellos revueltos, y la huella de las lágrimas sobre sus mejillas tersas.

Despertó entre sus brazos, todo su cuerpo se tendió hacia él, sumiso y vibrante. Se borró el tiempo, la angustia, y la distancia. Fueron como un meteoro incandescente en el espacio infinito, los dos, él y ella, aprisionados

en un abrazo eterno y terrible, tan absoluto y profundo como la muerte, tan luminoso y ardiente como la vida.

Lentamente volvieron en sí, aturdidos, sonámbulos. Se miraron largamente con los ojos velados de lágrimas. No, no habían cambiado, se pertenecían para siempre, no se separarían jamás.

El la acarició tiernamente, ella se abandonó entre sus brazos. Se sintió segura y feliz. Se supo mujer y mujer amada. Ella lo había elegido y eligió bien.

Y ahí estaba Serge en toda su esplendorosa madurez, estampado en su rostro expresivo la profundidad de su alma. Allí estaba, tostado y fuerte con su cuerpo nervioso y sus manos sensibles. Su calor la penetraba hasta confundirse con el propio. Lo quería con cada fibra de su ser, lo quería dolorosamente, oía su voz junto a su oído, sentía su respiración. Hubiera querido detener el tiempo, aislar para siempre este momento, morir o vivir allí junto a él.

¿Cuántas horas duró este arrobamiento?

Repentinamente Serge se sobresaltó.

—Mi alma, tengo que irme.

—¿Por qué?

—Me espera mi mujer.

—¿Tu mujer?

—Sí, me casé hace un año y medio en Casablanca; ella llegó inesperadamente anoche, impidiéndome venir hasta ti. No significa nada para mí. Me tomó en un momento difícil y eso es todo, pero tú eres la única, tú eres mi mujer, tú eres mía y te adoro... vuelvo más tarde y arreglaremos nuestras vidas como antes.

Sus ojos oscuros la miran ardientes. Toma el silencio de Genova como una aprobación. Desde la puerta, vuelve a besarla tiernamente y luego sale con suavidad.

Genova está intensamente pálida. En el vacío de su alma siente un dolor intolerable. Cada palabra se incrusta en su mente como martillazos implacables que la torturan... “Me espera mi mujer. Me casé hace un año y medio”. ¡Y anoche, qué horror!... Va a volver a arreglar nuestras vidas como antes. ¡Qué aberración!

No. No es posible, tiene que irse cuanto antes, muy lejos. Huir, huir, huir... Como una sonámbula atraviesa la plaza y llega a la estación.

Las gotas de lluvia detenidas bruscamente en su caída, se agolpan contra la ventanilla del tren. Ya no están cristalinas, se han contaminado con el polvo del vidrio, y el viento las maltrata. El paisaje se ve turbio y confuso, como deformado por un espejo cóncavo. El humo de la máquina hace más espesa la neblina. En un rincón del compartimiento solloza Genova. Sus hombros se estremecen y la pluma verde de su sombrero se quebraja contra el terciopelo gris de los asientos. El periódico se ha deslizado de su falda al suelo, sus piernas finas se muestran descuidadamente, y un pequeño zapato de tacón muy alto yace abandonado. Diseminados en los asientos vacíos están su maletín, su abrigo de pieles, sus guantes, su saco de mano.

—Los billetes, los billetes —y el Inspector entra ruidosamente seguido de su impasible ayudante. Recorre con una mirada de conocedor las piernas ceñidas en medias de seda, y tocando el hombro de la pasajera que lo ignora completamente, repite bajando la voz:

—Su billete por favor.

Con un gesto maquinal muestra ella su pasaje París-Le Havre ida y vuelta.

—Muy corto su viaje señora.

Y sale cerrando con estrépito la puerta del compartimento.

París Le Havre-Le Havre París. Genova va despertando de su desgarramiento. De todos los ámbitos de su ser resurgen recuerdos dolorosos ¿de dónde viene? ¿a dónde va? ¿Serge vive o ha muerto? ¿ha

soñado? No, es realidad. Su presencia ardiente y torturante la envuelve como una mortaja de fuego. Lo siente en toda ella y él ya no existe. Tiene que desprenderse, arrancárselo, aunque sea a costa de su sangre. No puede soportar más este sufrimiento eterno.

Y la figura de Serge, crece poderosa y tangible contra la bruma indecisa. Pero ella es más fuerte, con las dos manos extendidas lo rechaza haciéndolo retroceder, lucha con él hasta que extenuada lo incrusta contra la niebla, que lo cubre lentamente y lo disgrega en el espacio.

El tren se detiene bruscamente en medio del campo transido, entre agudos crujidos y golpes metálicos. Los pasajeros sorprendidos y molestos se interrogan unos a otros:

—¿Qué sucede, algún accidente?

El Inspector los tranquiliza; “no es nada, un desperfecto sin importancia”. Varias veces el tren avanza y retrocede cautelosamente. La niebla espesa, sólo deja entrever un grupo de figuras oscuras que iluminan con sus linternas las ruedas de un carro.

Muy pronto el tren reanuda su marcha. Nadie repara en el ayudante que recoge con ademanes graves, los objetos personales de Genova diseminados en el compartimento de lujo.
